

LEÍAN EN EL LIBRO

**La necesidad de una lectura
comprensiva**

Nehemías 8

por Antoni Mendoza i Miralles

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

correu-e: ecb.edicions@wanadoo.es

Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya

Introducción

La lectura del capítulo 8 de Nehemías nos sitúa en una época difícil del pueblo de Israel, cuando algunos de los descendientes de los que habían sido deportados a Babilonia volvieron a la tierra de sus padres, después de ser autorizados por los reyes Ciro II y Artajerjes I.

La reunión fue multitudinaria, y tuvo lugar en la plaza que había delante de la puerta de las Aguas. El propósito era claro, querían escuchar la lectura de las Escrituras, del libro de la Ley, como un acto de culto y así acercarse al conocimiento de la voluntad expresa del Dios de Israel, del Dios de sus padres. La participación, aunque era voluntaria, fue mayoritaria, incluyendo a hombres y mujeres sin distinción, asistieron todos los que tenían uso de razón.

Los que se reunieron reconocían la Ley de Dios como la Palabra inspirada de Dios, y que como tal no contenía ningún error ni contradicción en sus páginas: lo que nosotros llamamos hoy inspiración plenaria y verbal.

Es cierto que fue una experiencia comunitaria, pero también establece pautas que nos pueden orientar en nuestra experiencia personal de acercamiento a la Palabra de Dios.

Antes de comenzar la lectura de la Palabra de Dios

La descripción de este acto especial en la vida del pueblo de Dios, nos presenta toda una serie de hechos que precedieron propiamente a la lectura de la Palabra de Dios, y que ayudó de una manera especial para que la lectura que hicieron posteriormente fuese ciertamente provechosa para todos los asistentes.

Se reunieron en un lugar adecuado

“Y juntóse todo el pueblo como un solo hombre en la plaza que está delante de la puerta de las Aguas” (8:1a).

Que escogieran un lugar concreto, la plaza delante de la puerta

de las Aguas, nos hace ver que cualquier lugar no es apropiado para leer adecuadamente la Palabra de Dios. Aquel lugar quedaba fuera de donde se llevaban a cabo las actividades diarias, haciéndolo idóneo para dedicarlo únicamente para leer y escuchar la palabra de Dios sin interrupciones ni distracciones. No hicieron la convocatoria por razones formales, porque tocaba, ni mágicas: asistir por asistir no tenía ningún valor ni aportaba ningún provecho, pues había que poder entender lo que se leía para captar su significado, pues iban a leer la Palabra de Dios.

Hemos de tener presente dicha pauta para nuestra lectura personal de la Palabra de Dios: necesitamos buscar un lugar en el que nada nos pueda distraer, donde difícilmente podamos ser interrumpidos.

Se reunieron con la disposición de escuchar

“Y Esdras el sacerdote, trajo la ley delante de la congregación, así de hombres como de mujeres, y de todo entendido para escuchar, el primer día del mes séptimo” (8:2).

Percibir sonidos es una función automática de nuestro oído, mientras esté sano; pero para poder discriminar el significado de los sonidos necesitamos poner atención, y eso no es automático, es un acto voluntario.

La multitud que se reunió en la plaza había venido con una actitud que manifestaba su sincero interés, querían estar presentes, y eso para poder escuchar lo que se iba a leer de la Palabra de Dios.

Por más sublimes que sean las palabras, y profundo su significado, no podremos captarlo a menos que en primer lugar vengamos al lugar designado para leer la Palabra de Dios con la disposición previa de escuchar. ¿Qué propósito tiene abrir la Biblia, leer sus palabras, si no nos enteramos del significado de las palabras que pronuncian nuestros labios, o que pronuncia aquel que las está leyendo en nuestra propia lengua?

Se reunieron con la disposición de atender

“y los oídos de todo el pueblo estaban atentos al libro de la ley... y como lo abrió, todo el pueblo estuvo atento” (8:3d, 5b).

Escuchar es una cosa, y atender lo que escuchamos es otra cosa. Podemos leer y, una vez acabado, no recordar lo que hemos leído, o no haber entendido nada.

El pueblo de Israel se había reunido en un lugar concreto para escuchar la Palabra de Dios, con la disposición de atender al significado de aquello que habían de escuchar. Querían escuchar la voz de Dios, querían conocer más de su santa Persona, y de su voluntad y propósitos para ellos.

Se reunieron con una actitud reverente

“Bendijo entonces Esdras a Jehová, Dios grande. Y todo el pueblo respondió, ¡Amén! ¡Amén! alzando sus manos; y humilláronse, y adoraron a Jehová inclinados a tierra” (8:6).

Lo primero que hizo el pueblo, bajo la dirección de Esdras, antes de comenzar a leer la Palabra, fue acercarse reverentemente a Dios en oración. Bendijeron a Dios, lo reconocieron como Dios grande, levantaron sus manos como señal de que oraban sin pecado consciente, se humillaron ante la presencia de Dios, y lo adoraron inclinándose a tierra.

No solo buscaron un lugar adecuado, y prepararon su oído para escuchar sin interrupciones, y su corazón para atender todo lo que se había de leer; además, prepararon su espíritu: se santificaron, y asumieron una actitud reverente hacia Dios, la voz del cual venían a escuchar.

Eso quiere decir más que orar antes de leer la Palabra de Dios, quiere decir confesar nuestros pecados, buscar la presencia del Señor y adorarle por lo que es y por lo que hace; porque la oración ha de ser la expresión externa de nuestra preparación espiritual interior, si queremos leer la Palabra de Dios de una manera provechosa.

Como leyeron la Palabra de Dios

Hemos visto como el pueblo de Israel, reunido en la plaza delante de la puerta de las Aguas, se preparó para poder escuchar la Palabra de Dios. Ahora hemos de ver como hicieron aquella lectura, qué características se destacan, que la hacen diferente de cualquier otra.

Fue una lectura clara, todos entendieron lo que se leía

“Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura” (8:8).

La primera cosa que se ha de hacer al leer es reproducir lo que dice el texto de una manera clara, para que todos entiendan las palabras; eso implica hacer caso de los signos de puntuación, así como reproducir las interrogaciones y exclamaciones que encontramos. El texto bíblico usa dos palabras para decirlo: “claramente” y “ponían el sentido”. La lectura se hizo de manera que la gente entendió bien lo que se leyó.

A menudo la lectura congregacional no se hace con toda la claridad que es necesario, pronunciando claramente, haciendo las pausas que indican los signos ortográficos; y muchas veces vemos se hacen pausas en lugares en los que no hay ninguna indicación, y que no se recogen las que están indicadas. Eso hace difícil la comprensión de lo que se lee a los que escuchan.

La lectura personal también puede llegar a ser poco clara, pues podemos reproducir los mismos errores que hemos indicado que se dan en la lectura pública. En ese caso, nosotros mismos dificultamos nuestra comprensión del texto bíblico. Eso nos hace ver que una cosa tan sencilla como leer el texto de la Palabra claramente y con sentido, puede ser de entrada una gran ayuda o una gran dificultad para ir más allá en nuestra aproximación a Dios mediante su santa Palabra.

Fue una lectura comprensiva

“Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura... Y Nehemías el Tirsatha, y el sacerdote Esdras, escriba, y los Levitas que hacían entender al pueblo, dijeron a todo el pueblo: Día santo es a Jehová nuestro Dios; no os entristezcáis, ni lloréis: porque todo el pueblo lloraba oyendo las palabras de la ley... Y el día siguiente se juntaron los príncipes de las familias de todo el pueblo, sacerdotes, y Levitas, a Esdras escriba, para entender las palabras de la ley” (8:8, 9, 13).

Leer puede llegar a ser una práctica mecánica, aunque hagamos las pausas correctas y demos la entonación que se indica en el texto. Para que la lectura pueda producir su efecto en nosotros hemos de captar el significado de lo que estamos escuchando, de manera que podamos explicarlo a los demás y aplicarlo a nuestra necesidad.

El objetivo de las palabras es que una persona se pueda comunicar con otra, de manera que el que las recibe entienda el mensaje que se quiere comunicar con ellas. Más adelante consideraremos más detalladamente las palabras de Felipe al eunuco, que se aplican muy bien al tema que estamos considerando: *“entiendes lo que lees”* (Hch 8:30).

Fue una lectura “ayudada”

“...hacían entender al pueblo la ley... porque habían entendido las palabras que les habían enseñado” (8:7b, 12c).

Una lectura comprensiva necesita ser ayudada por alguien que en un momento determinado nos pueda aclarar el significado de una palabra o de una expresión. Es cierto que, en primer lugar, siempre hemos de ir al Espíritu Santo para que nos aclare lo que inspiró (Jn 14:26; 16:13), y que la Biblia misma ha de ser su propia intérprete. Teniéndolo presente de entrada, vemos que el pueblo de Dios recibía las aclaraciones pertinentes de parte de los levitas. Seguramente las palabras de la Ley de Moisés que se

leyeron al pueblo debieron traducirse del hebreo al arameo, pues muchos del pueblo no dominaban ya la lengua en que se había escrito la Ley, pero fue una traducción con incisos y comentarios para ayudar en la comprensión del texto bíblico que no podía ser alterado en su redacción original.

Hemos de darnos cuenta que el texto bíblico se mantuvo inalterable, pues nadie puede cambiar las palabras de la Palabra de Dios; los incisos y comentarios no formaban parte del texto inspirado. Eso ha sido negligido por muchos traductores bíblicos actuales, y por muchas sociedades bíblicas y editoriales que publican Biblias. Cada vez más traducciones no respetan la inspiración plenaria y verbal de las Escrituras, pretendiendo hacer “sencillas” las palabras de la Palabra de Dios al hombre actual, cambiando, añadiendo e interpretando lo que dice el Texto inspirado. Cada vez más ediciones de la Biblia incorporan más y más “ayudas”, dicen, al texto bíblico, de manera que es más difícil cada día conseguir Biblias sin notas ni comentarios. Dichas ayudas, si son de creyentes reverentes y espirituales podrían publicarse como libros separados, pero nunca dentro de un volumen que tiene en la cubierta el título de “La Biblia”.

Fue una lectura aplicada

“ Nehemías el Tirsatha, y el sacerdote Esdras, escriba, y los Levitas que hacían entender al pueblo, dijeron a todo el pueblo: Día santo es a Jehová nuestro Dios; no os entristezcáis, ni lloréis: porque todo el pueblo lloraba oyendo las palabras de la ley... Y hallaron escrito en la ley que Jehová había mandado por mano de Moisés, que habitasen los hijos de Israel en cabañas en la solemnidad del mes séptimo; y que hiciesen saber, y pasar pregón por todas sus ciudades y por Jerusalén, diciendo: Salid al monte, y traed ramos de oliva, y ramos de pino, y ramos de arrayán, y ramos de palmas, y ramos de todo árbol espeso, para hacer cabañas como está escrito. Salió pues el pueblo, y trajeron, e hiciéronse cabañas, cada uno sobre su terrado, y en sus patios, y

en los patios de la casa de Dios, y en la plaza de la puerta de las Aguas, y en la plaza de la puerta de Efraim. Y toda la congregación que volvió de la cautividad hicieron cabañas, y en cabañas habitaron; porque desde los días de Josué hijo de Nun hasta aquel día, no habían hecho así los hijos de Israel. Y hubo alegría muy grande” (8:9, 14-17).

La actitud previa del pueblo, y la lectura clara y comprensiva que hicieron los levitas de la Ley de Dios, llevó al pueblo a conocer claramente la voluntad de Dios, y a poder aplicar la Palabra de Dios a sus vidas. Se dieron cuenta que no habían hecho lo que Dios les había mandado, y lloraron arrepentidos. Pero también conocieron lo que Dios quería de ellos, y se alegraron cuando supieron lo que habían de hacer para honrar a Dios y vivir conforme a su voluntad.

La reacción a la Palabra es el final de un proceso, y no el principio, que implica a todo lo que somos y a todas nuestras facultades. Es una parte importante, puesto que Dios nos ha dado su Palabra para que lleve a cabo una obra transformadora en nuestras vidas, de manera que podamos ser hombres y mujeres de Dios preparados para toda buena obra (2Tm 3:16-17).

Fue una lectura extensiva

“Y leyó en el libro delante de la plaza que está delante de la puerta de las Aguas, desde el alba hasta el medio día, en presencia de hombres y mujeres y entendidos; y los oídos de todo el pueblo estaban atentos al libro de la ley” (8:3).

La lectura bíblica que el pueblo de Israel llevó a cabo bajo la dirección de Esdras fue una lectura continuada de la Palabra de Dios. Para entender bien lo que quiere decir una palabra hemos de leerlo dentro de su frase, y para entender lo que quiere decir la frase hemos de leerla en el contexto de los versículos anteriores y posteriores, y estos, a su vez, dentro del capítulo, dentro del libro, dentro de los textos paralelos y contemporáneos, y finalmente dentro de toda la Escritura.

Muchos grandes errores y herejías surgen a menudo de una lectura reducida y descontextualizada de la Palabra de Dios. Por eso es importante no olvidar hacer una lectura extensiva de la santa Biblia, además de leer cortas secciones aisladas del Texto inspirado.

Fue una lectura diaria

“Y leyó Esdras en el libro de la ley de Dios cada día, desde el primer día hasta el postrero; e hicieron la solemnidad por siete días, y al octavo día congregación, según el rito” (8:18).

El pueblo había de recuperar la costumbre de leer la Palabra de Dios, por eso la lectura bíblica ocupó un lugar central durante los ocho días que duró la festividad de las Cabañas.

Hay momentos en que hemos de dedicarnos intensamente a leer la Palabra de Dios, pero nunca hemos de perder la práctica de leerla diariamente, así como nos alimentamos cada día físicamente. Gracias a Dios todos nosotros tenemos acceso a un ejemplar de la Palabra de Dios, no necesitamos esperar a que llegue el día de reunión para poder leer la Biblia, como sucedía en la antigüedad. Disponer de una copia personal de las Escrituras tiene como objetivo que vayamos personalmente cada día al Libro de Dios para escuchar la voz de Dios, que se encuentra registrada en sus páginas. Sin desmerecer la importancia de la lectura bíblica familiar y eclesial.

Conclusión

La consideración sencilla y devocional de éste capítulo del libro de Nehemías, nos ha de servir para entender que nuestra lectura de la Palabra de Dios implica preparación, comprensión y aplicación. Y que estos tres puntos han de seguir siempre el mismo orden.

No podemos aproximarnos a leer la Biblia sin buscar primero un lugar adecuado para hacerlo y procurar estar en las condiciones

espirituales necesarias para escuchar la voz de Dios como es necesario, y de una manera provechosa para nuestras vidas.

Una vez estemos en las condiciones adecuadas, hemos de aprender a leer de manera que comprendamos lo que leemos, de manera que entendamos y seamos capaces de hacer entender lo que el texto dice, antes de intentar hacer ninguna aplicación de él. Si es necesario tendremos que usar un diccionario o alguna ayuda, y aprovechar el conocimiento de hermanos más maduros. Entonces sí, ya podemos intentar interpretar su mensaje, con la ayuda del Espíritu Santo (Jn 14:26; 16:13), respondiendo a las preguntas clásicas: qué dice, quién lo dice, a quién lo dice, porqué lo dice, entre otras.

Finalmente tendremos que aplicar lo que dice el texto, y que hemos entendido, a nuestra vida, puesto que Dios ha dado su Palabra para nuestro provecho espiritual, y la Palabra, como espada de doble filo, siempre penetra en nuestra vida para llevar a cabo la obra que Dios le ha encargado (He 4:12; Is 55:11). ¡Que así sea!

Edicions Cristianes Bíbliques